

EL CICLO TROYANO

El asunto de la guerra de Troya, los viajes de Ulises, y las desventuras e infortunios de la familia del rey de Micenas constituyen lo que en la literatura clásica griega se ha denominado ciclo troyano

**Agamenón**, al igual que su hermano **Menelao**, fue hijo de Atreo y rey de Micenas.

Dos acontecimientos resultaron especialmente funestos para él: la guerra de Troya y su matrimonio con **Clitemnestra**, con quien tuvo tres hijos: **Orestes**, **Electra** e **Ifigenia**.

**Helena** era hermana de Clitemnestra e hija de **Zeus**, el dios supremo del Olimpo, y de **Leda**, una bella mujer a la que había seducido metamorfoseándose en cisne. Tal era el número de pretendientes que aquella tenía por su singular belleza que su padre, temiendo ser asesinado por alguno de los rechazados, les obligó a jurar a todos que aceptarían la decisión de Helena a la hora de elegir esposo y que defenderían al elegido en caso de que fuese atacado. Eligió por esposo a **Menelao**, rey de Esparta y hermano de Agamenón. Ese pacto fue el que hizo que la mayor parte de los príncipes y reyes de Grecia uniesen sus fuerzas con el fin de castigar al raptor de Helena, a **Paris**, hijo de **Príamo**, rey de Troya. Ya antes de nacer éste había habido augurios de que por su causa ocurriría un gran desastre para su ciudad.

Dicho rapto tiene su origen en el famoso “Juicio de Paris”, el concurso de belleza más famoso de la mitología griega. Su relato es el siguiente: hallándose los dioses reunidos en ocasión de las bodas de **Tetis** (diosa del Océano) y **Peleo** (mortal), **Eris**, la diosa de la discordia echó en medio de ellos una manzana de oro, diciendo que debía ser otorgada a la “más bella” de las tres diosas: **Atenea** (diosa de la sabiduría y de la guerra), **Hera** (esposa de Zeus y diosa del matrimonio) y **Afrodita** (diosa de la belleza y el amor). En seguida se suscitó una disputa, y como nadie se atrevía a pronunciarse, Zeus encargó a **Hermes** (su hijo y mensajero de los dioses) que guiase a las tres diosas al monte Ida (Creta) -lugar donde habitaba Paris- para que éste fallase el pleito. No tuvo más remedio que aceptar semejante empresa y, por turno, las tres diosas defendieron ante él su propia causa: Hera se comprometió a darle el imperio de toda Asia; Atenea le ofreció la prudencia y la victoria en todos los combates, y Afrodita se limitó a brindarle el amor de Helena de Esparta, la mujer más bella del mundo. La decisión de Paris fue inclinarse por Afrodita. Ello suscitó el enfrentamiento de ésta con las otras dos diosas que no salieron beneficiadas de esta elección.

AsÍ comenzó la guerra más famosa de cuantas recuerda la humanidad. A lo largo de los diez años que duró el conflicto se sucedieron aventuras, incidentes y batallas y hasta los dioses del Olimpo intervinieron a favor de griegos o troyanos según sus preferencias personales. Hera, Atenea y Poseidón dieron su apoyo a los griegos, mientras que Afrodita, Ares y Apolo lo hicieron a los troyanos.

De esta expedición aparece como jefe supremo Agamenón, a quien **Homero** atribuye una majestuosa presencia física. A su lado fueron Menelao, el marido burlado y rey de Esparta; **Aquiles**, el más valeroso guerrero griego, con su escudero **Patroclo**; el gigantesco **Ayax**, el anciano **Néstor** y el astuto **Ulises**

Preparada la flota para participar en la guerra de Troya, ocurrió que no soplaba viento. Se consultaron los oráculos y se supo que la diosa **Ártemis** estaba dolida porque Agamenón había matado una cierva de su propiedad. La diosa, como desagravio, ordenó el sacrificio de Ifigenia, hija de Agamenón, quien no tuvo más remedio que acceder a dicha petición, ganándose con ello el odio de Clitemnestra. Así se hizo y por fin partió la expedición hacia Troya acompañada de los mejores presagios. Pero en el último momento la diosa sustituye a la joven por una cierva, consiguiendo de este modo escapar a su sacrificio y pasa a convertirse en sacerdotisa de Ártemis, en la región de los Tauros. Allí Ifigenia tiene como obligación inmolar a cualquier extranjero que arribe a las costas de los alrededores.

Terminada la guerra a favor de los griegos, a Agamenón le había correspondido en el botín una de las hijas del rey troyano Príamo, **Casandra**, hermana, por tanto, de Paris, que poseía el don de la adivinación. Esta le aconsejó que no volviera a su tierra, pues le ocurriría una desgracia. Pero él no la creyó y no hizo caso de sus funestos presagios. Casandra había recibido el don de la adivinación del propio Apolo; el dios, enamorado de ella, le había prometido enseñárselo, si accedía a entregarse a él. Casandra aceptó el pacto, pero, una vez instruida, rehusó y entonces Apolo la castigó retirándole el don de la persuasión, aunque no el de la profrecía, con lo que era capaz de adivinar los acontecimientos futuros, pero no de ser creida por nadie.

Cuando Agamenón regresó a Micenas, sucedió que Clitemnestra, su esposa legítima, lo mató con la ayuda de su amante **Egisto**. Hacía mucho tiempo que lo odiaba por varias razones: por su culpa había muerto su hija Ifigenia (o al menos eso creían todos) y además, regresaba de Troya con otra mujer con la que tuvo descendencia.

Orestes fue salvado por su hermana Electra y criado a escondidas por su tío **Estrofio**, con su propio hijo, el joven **Pílades**. Ambos van a formar una pareja de inseparables amigos.

Años más tarde, ya adulto, Orestes regresa a Micenas y, alentado por Electra, venga la muerte de su padre matando a su propia madre y a su amante Egisto.

Entonces se ve perseguido por el furor de las **Erinias**, diosas de la venganza, que lo vuelven loco. Orestes busca refugio en el oráculo de Delfos, en el santuario de Apolo, que lo purifican de este asesinato; pero será sólo en Atenas donde las Erinias dejarán de perseguir a Orestes: el tribunal del Areópago, fundado por la diosa Atenea, está indeciso y sólo el voto de la diosa hará inclinar la balanza a favor de Orestes, que queda finalmente exculpado, pero para ello tiene que cumplir una misión que consiste en traer a Atenas la estatua de Ártemis que se encuentra en la región de los tauros, Taúride, (la actual Crimea).

Allí, tras distintos acontecimientos, se produce el reconocimiento de los dos hermanos. Ifigenia le ayuda en la tarea, le entrega la estatua de la diosa Ártemis y se escapa con él a Atenas.

Los terribles episodios de la familia de los reyes de Micenas (Agamenón, Clitemnestra, Orestes, Electra, Ifigenia, etc.) o de los soberanos de Tebas (Edipo, Antígona, etc.) fueron tratados por los tres grandes trágicos griegos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), aunque con un tratamiento muy diferente. En Esquilo se aprecia una fuerte religiosidad que hace que sus personajes sufran los designios del destino y estén estrechamente vinculados con los dioses; sus héroes alcanzan la salvación a través del dolor. Sófocles se acerca ya más a lo humano; sus personajes son seres más complejos movidos por sus vacilaciones y arrebatos. Eurípides se acerca aún más a lo cotidiano y refleja más la sociedad de su época; entre sus temas destacan las relaciones entre los personajes, la situación de la mujer, el poder del amor, la guerra, la política democrática de la Atenas del siglo V a.C., etc.